REPUBLICA DE COLOMBIA.—DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA

LECTURA AMENA

REVISTA DE LITERATURA

Año I | *Medellín, 15 de Octubre de 1904.* | *N.º 2º*

EL PARAGUAS

A Camilo Oudinot.

La señora Oreille era económica. Sabía lo que vale un sueldo y poseía un arsenal de severos principios acerca de la reproducción del dinero. Por de contado que á la sirvienta le era imposible sisar en las compras; y el Sr. Oreille no conseguía sino con extremas dificultades lo indispensable para sus gastos menudos. Sin embargo, estaban acomodados y no tenían hijos; pero la Sra. Oreille padecía un verdadero dolor al ver salir de su bolsillo las blancas piezas. Era como si le desgarrasen el corazón; y, cada vez que se hacía preciso un gasto de relativa importancia, aunque indispensable, dormía mal la noche siguiente.

Oreille repetía sin cesar á su esposa:

—Tú deberías tener la mano un poco más larga, puesto que jamás gastamos toda nuestra renta.

Ella contestaba:

—Una no sabe nunca lo que puede suceder. Es mejor tener de más que de menos.

Era una mujercita de cuarenta años, vivaracha, cubierta yá de arrugas, aseada é irritable.

Su marido se quejaba cada instante de las privaciones á que lo sometía; y aquellas que lastimaban su vanidad, le eran particularmente sensibles.

Era él empleado del Ministerio de la Guerra; permanecía en su puesto únicamente por obedecer á su mujer y para aumentar las no utilizadas rentas de la casa.

Asistió á la oficina durante dos años seguidos, con el mismo remendado paraguas que tánto hacía reír á sus compañeros. Cansado, al fin, de sus equívocos, exigió de la Sra. Oreille le comprase un nuevo paraguas. Ella tomó uno de ocho francos cincuenta céntimos, artículo de reclamo de un gran almacén. Los empleados comenzaron sus chanzonetas al ver ese objeto esparcido por millares en las calles de París, y el Sr. Oreille sufría con ello horriblemente. El paraguas no servía para nada. A los tres meses se hallaba fuera de servicio, y el buen humor á costa de él se hizo general en el Ministerio. Hasta se compuso sobre el asunto una canción que se oía de la mañana á la noche por todos los ámbitos del inmenso edificio.

Oreille, exasperado, ordenó á su mujer que le escogiera un nuevo paraguas, de seda fina, de á veinte francos, y que le trajera la respectiva factura justificativa.

Compró al fin la señora uno de diez y ocho francos y declaró al entregarlo á su marido, roja de cólera :

—Tendrás con él al menos para cinco años.

Oreille, ufano, obtuvo un verdadero triunfo en la oficina.

Al volver por la noche, su mujer, dirigiendo una inquieta mirada sobre el paraguas, le dijo :

—No debes dejarlo plegado con el elástico, porque se corta la seda. A ti te toca tener cuidado, pues no debes aguardar otro muy pronto.

Tomó el paraguas, desabrochó el elástico y sacudió los pliegues. Pero al examinarlo quedó extática de emoción : un hueco redondo, grande como un céntimo, apareció en la mitad del paraguas. Era una quemadura de cigarro !

Ella balbució :

—Qué es esto ?

Su marido contestó tranquilamente, sin mirar :

—Qué ? Qué quieres decir ?

La rabia la extrangulaba ; no podía casi hablar :

—Tú ..... tú...... tú has quemado...... tu...... tu......paraguas. Pero...... estás loco ? Pretendes arruinarnos ?

El se volvió, pálido el rostro :

—Qué dices ?

—Digo que has quemado tu paraguas. Míra !

Y, adelantándose hacia él como para castigarlo, le puso violentamente á la vista la pequeña quemadura circular.

El permaneció suspenso delante de la desgarradura, farfullando :

—Qué...... qué...... qué es esto ? No me lo explico ! Yo no he sido, lo juro, yo no he sido.

Y ella gritaba :

—Apuesto á que has hecho volteretas con él en la oficina y lo has abierto para mostrarlo.

—Lo abrí una sola vez para mostrar qué tan hermoso era. Hé aquí todo. Te lo juro.

Pero ella temblaba de furor y provocó una de esas escenas conyugales que hacen el hogar doméstico más temible, para un hombre pacífico, que un campo de batalla donde llueven las balas.

Le acomodó un remiendo tomado del antiguo paraguas, aunque de color distinto, y al día siguiente Oreille partió con aire humilde y con el instrumento remendado. Lo colocó en su armario y no volvió á pensar en él sino como se piensa en un recuerdo desagradable.

Pero al volver por la tarde, su mujer tomó el paraguas y lo abrió para cerciorarse de su estado, y quedó medio sofocada delante de tamaño desastre : estaba acribillado de huequecitos que provenían evidentemente de quemaduras, como si alguien hubiese vaciado encima la ceniza de la pipa. Estaba perdido, perdido sin remedio !

Contempló el desastre sin poder articular palabra, indignada á tal punto, que era imposible que ningún sonido pudiera salir de su garganta. También él miraba aquello con aire estúpido, despavorido, consternado.

En seguida se miraron los dos ; bajó él los ojos y recibió en el ros-

tro el instrumento roto, arrojado por la mujer, quien gritó con voz enronquecida por el furor:

—Ah! canalla, canalla! Tú lo has hecho de intento! Pero me las pagarás! No volverás á tener paraguas......

Y la escena volvió á comenzar. Al fin de una hora de tempestad, pudo él explicarse. Juraba que no comprendía nada; que eso no podía provenir sino de malquerencia ó de venganza.

Un golpe de la campanilla lo libertó. Era un amigo que debía comer con ellos.

La Sra. Oreille le expuso el caso. En cuanto á comprar uno nuevo, nó, no podía ser, su marido no tendría más paraguas.

El amigo argumentó con razón:

—Entonces, señora, él echará á perder su vestido, que vale mucho más.

La mujercilla, siempre furiosa, respondió:

—Que lleve el paraguas de la cocina, porque lo que es uno nuevo de seda, no se lo daré.

A esta idea, Oreille se rebeló.

—Entonces renunciaré. Yo no puedo presentarme en el Ministerio con el paraguas de la cocina.

—Haz renovar éste, replicó el amigo; eso no cuesta gran cosa.

La Sra. Oreille, exasperada, balbuceó:

—Para hacerlo renovar es preciso gastar por lo menos ocho francos. Ocho francos y diez ocho, hacen veintiséis! Veintiséis francos por un paraguas, es una locura, una demencia!

El amigo, burgués pobre, tuvo una inspiración:

—Hazlo pagar por vuestros aseguradores. Las compañías pagan los objetos quemados, siempre que el daño haya ocurrido á domicilio.

El consejo apaciguó un poco á la mujer, y después de una ligera reflexión, dijo á su marido:

—Mañana, antes de ir al Ministerio, vas á las oficinas de *La Maternal* á hacer constar el estado de tu paraguas y á reclamar su pago.

—Jamás me atreveré! replicó él. Serán diez y ocho francos perdidos. No nos moriremos por eso.

Y salió al día siguiente con un bastón. Felizmente, hacía buen tiempo.

La Sra. Oreille no podía conformarse con la pérdida de los diez y ocho francos. Había colocado el paraguas sobre la mesa del comedor y le daba vueltas, sin atreverse á tomar una determinación.

La idea de la Oficina de Aseguros le volvía á cada instante, pero tampoco ella se atrevía á afrontar las miradas burlonas de los señores que la recibirían, pues era tímida con las gentes, se ruborizaba por todo y la cohibía el hablar á un desconocido.

Sin embargo, el sentimiento de los diez y ocho francos la atormentaba como una quemadura. Hacía esfuerzos por no pensar en ello, pero el recuerdo de la pérdida se le presentaba sin cesar. Qué hacer? Las horas pasaban y ella no se decidía á nada. De repente, como los cobardes que se hacen valientes, tomó su resolución:

—Yo iré, y veremos!

Mas, en primer lugar, era preciso preparar el paraguas para que

el desastre fuese completo y la causa fácil de defender. Tomó un fósforo de la chimenea é hizo, entre las ballenas, una gran quemadura, ancha como la mano; en seguida arrolló lo que restaba de la seda, lo fajó con el cordón elástico, tomó el chal y el sombrero, y bajó con paso precipitado hacia la Calle de Rívoli, donde se encontraba la Oficina de Aseguros.

Pero á medida que se acercaba, moderaba el paso. Qué iba ella á decir? Qué le contestarían?

Miraba los números de las casas. Le faltaban aún veintiocho. Muy bien! podría reflexionar. Avanzaba más despacio cada momento. De repente se estremeció. Hé aquí la puerta, sobre la cual brilla en letras de oro: "*La Maternal*, Compañía de Seguros contra incendios." Yá! Se detuvo un momento, ansiosa, avergonzada; pasó y volvió repetidas ocasiones.

Al fin se dijo:

—Es preciso entrar, sin embargo. Mientras más pronto, mejor.

Y al penetrar en el edificio, notó que su corazón palpitaba.

Entró en un vasto salón con ventanillos en rededor, y por cada ventanillo se percibía la cabeza de un hombre cuyo cuerpo estaba oculto tras una reja.

Se presentó un caballero con unos papeles. Ella se detuvo y le dijo con voz tímida:

—Perdón, caballero, ¿pudiera Ud. decirme á quién debe una dirigirse para hacerse pagar los objetos quemados?

El contestó, con timbre sonoro:

—Primer piso, á la izquierda. A la oficina de los siniestros.

Esta palabra la intimidó más aún, y le dieron deseos de escaparse, de no decir nada, de perder los diez y ocho francos. Pero á la idea de esta suma, cobró un poco de valor, y subió, sufocada, deteniéndose á cada peldaño.

En el primer piso encontró una puerta y tocó. Una voz clara, dijo:

—Entre Ud.!

Entró y se halló en una gran pieza, donde tres caballeros, en pie, condecorados y solemnes, conversaban.

Uno de ellos preguntó:

—Qué desea Ud., señora?

Ella no encontraba qué contestar y articuló:

—Vengo...... vengo......para...... para arreglar un siniestro.

El caballero, con galantería, mostró un asiento.

—Tenga Ud. la bondad de sentarse, le atenderé dentro de un minuto.

Y, volviéndose hacia los otros, reanudó la conversación.

—La Compañía, señores, no se considera obligada para con Uds. por más de cuatrocientos mil francos. Nosotros no podemos admitir las reclamaciones por los otros cien mil francos que Uds. pretenden hacernos pagar. El justiprecio, por otra parte......

Uno de los otros dos le interrumpió:

—Basta, caballero, los tribunales decidirán. No nos queda sino retirarnos.

Y salieron después de mil saludos ceremoniosos.

Oh! si ella hubiese podido marcharse con ellos, lo habría hecho de buen grado; habría huído, abandonándolo todo! Pero lo podía hacer? El caballero se volvió hacia ella y se inclinó:

—En qué puedo servir á Ud., señora?

Ella articuló trabajosamente:

—Yo vengo para...... para esto.

El Director bajó los ojos, con extrañeza ingenua, hacia el objeto que le mostraba la señora.

Ella intentaba, con mano temblorosa, desatar el elástico. Al fin lo logró con alguna dificultad, y abrió bruscamente el andrajoso esqueleto del paraguas.

El hombre dijo, con tono complaciente:

—Me parece bastante enfermo.

Ella declaró titubeando:

—Me ha costado veinte francos.

—Verdaderamente?

—Sí, era magnífico. Quiero hacer constar su estado.

—Muy bien; yá lo veo. Muy bien. Pero no veo en qué pueda concernirme eso.

Una inquietud se apoderó de ella. Quizá la Compañía no pagaba los objetos menudos.

—Pero...... él está quemado......

El caballero no lo negaba:

—Ya lo veo.

Ella permaneció con la boca abierta, no sabiendo qué decir; de repente, comprendiendo su olvido, agregó con precipitación:

—Yo soy la Sra. Oreille. Estamos asegurados por *La Maternal*, y vengo á reclamar el precio de este siniestro.

Y se apresuró á añadir, por temor de una negativa:

—Pido solamente que lo hagan Uds. renovar.

El Director, embarazado, declaró:

—Pero, señora, nosotros no somos comerciantes en paraguas. Nosotros no podemos encargarnos de ese género de reparaciones.

La mujercita sintió renacer su serenidad. Era preciso luchar. Ella lucharía! y yá sin temor dijo:

—Pido únicamente el precio de la reparación. Yo misma la haré ejecutar.

El caballero parecía confuso.

—Ciertamente, señora, es bien poca cosa. Jamás se nos piden indemnizaciones por accidentes de tan mínima importancia. Ud. debe convenir en que nosotros no podemos responder por los pañuelos, los guantes, las escobas, las chanclas y todos los demás objetos menudos que están expuestos cada día á tener averías por el fuego.

Ella se puso roja de rabia:

—Pero, caballero, nosotros tuvimos, el mes de Diciembre último, un incendio en la chimenea, que nos causó como quinientos francos de pérdida; el Sr. Oreille nada ha reclamado por ello á la Compañía, y por eso es justo que ahora me pague ella este paraguas!

El Director, adivinando el embuste, dijo sonriendo:

—Confiese Ud., señora, que es muy raro que el Sr. Oreille, después

de no pedir nada por un perjuicio de quinientos francos, venga ahora á reclamar una reparación de cinco ó seis francos para un paraguas.

Ella replicó sin turbarse:

—Perdón, caballero: el accidente de quinientos francos concernía á la bolsa del señor Oreille, mientras que el accidente de diez y ocho francos concierne á la bolsa de la señora Oreille, lo que no es una misma cosa.

El vió que no podría deshacerse de ella fácilmente, que iba á perder el día, y preguntó con resignación:

—¿Quisiera usted referirme cómo ocurrió el accidente?

Sintiéndose ya victoriosa, ella comenzó á contar:

—Hé aquí cómo, señor: tengo en el vestíbulo una especie de mesa de bronce donde se colocan los paraguas y los bastones. El otro día al entrar, coloqué el mío. Es preciso decir á Ud. que hay justamente encima una tabla donde se colocan las velas y los fósforos. Extiendo el brazo y tomo cuatro fósforos. Froto uno; falla. Froto otro; enciende, pero se apaga al momento. Froto uno tercero; sucede otro tanto.

El director la interrumpió con una palabra aguda:

—¿Eran, pues, de los fósforos del Gobierno?

—Es posible. Al fin el cuarto encendió y yo prendí la vela; luégo entré en mi cuarto para acostarme. Pero al cabo de un cuarto de hora me pareció que había fuego. Oh! si alguna vez tenemos un siniestro, no será ciertamente por culpa mía! Sobre todo después del incendio de la chimenea de que os he hablado, no vivo tranquila. Me levanto, salgo, busco, olfateo por todas partes como perro de caza, y al fin echo de ver que es mi paraguas lo que arde. Probablemente fué un fósforo que le cayó dentro. Y ya ve Ud. en qué estado lo ha puesto....

El director había tomado una resolución, y preguntó:

—¿En cuánto estima Ud. el gasto?

Ella permaneció muda, no atreviéndose á fijar una cantidad. Luégo dijo, queriendo mostrarse generosa:

—Hágalo renovar Ud. mismo. Yo confío en Ud.

El rehusó:

—No, señora, yo no puedo. Diga Ud. cuánto es lo que pide.

—Pero....me parece....que....Mire Ud., caballero, yo no quiero meter ventaja; yo....vamos á hacer una cosa. Le llevaré mi paraguas á un fabricante que lo renueve con buena seda, con seda durable, y le traeré á Ud. la cuenta. ¿Le conviene?

—Perfectamente, señora, Convenido. Aquí tiene Ud. un giro contra la Caja, para que le reembolsen el gasto.

—Y tendió una tarjeta á la señora Oreille, quien la tomó, se levantó y salió precipitadamente, dando las gracias, temerosa de que el Director se volviese atrás.

Salió con paso alegre, buscando un comerciante en paraguas que le pareciese elegante; y cuando hubo hallado un almacén de rico aspecto, entró y dijo con voz firme:

—Aquí traigo un paraguas para renovar con seda, pero muy buena. Ponga Ud. lo mejor que tenga. No me importa el precio.

GUY DE MAUPASSANT.

¡OH.... ARTISTAS!

Salud, Artistas!....Hurra por la fiesta!....
Apolo está de gala, soñadores!
De nuevos tiempos, nuevos gladiadores,
Mantendremos la lanza siempre enhiesta!

Vamos á combatir!....La lucha es franca!....
Hay espinas, verdad, pero no hay cieno;
El gozo de lo grande abrasa el seno,
Y un grito de victoria al labio arranca!

El Arte es un martirio de dulzura!
¡Martiriza á la par que al alma embriaga!....
Copa de miel con gotas de amargura
Donde el hastío del vivir se apaga!

Yo sé de una región donde á la sombra
De plácidos y místicos verjeles,
Con corolas doradas por alfombra,
Y cubierta de mirtos y laureles,

Se vive lejos del mundano soplo,
Se vive lejos de la humana escoria,
Y se afila la punta del escoplo
Con que se talla el busto de la gloria!



Yo sé de un mar que pliega sus espumas
Al beso de la brisa pasajera,
Donde entre gasas de opalinas brumas
Va bogando en su barca la Quimera!

La Quimera!....La diosa prometida!
La reina de sonrisas ideales!
La siempre en nuestros sueños bendecida!
Genitora de anhelos inmortales!

Vamos todos allá!....De esos países
De mirajes hermosos y risueños
Somos conquistadores! Oh! felices
Los que se pueden proclamar sus dueños!

Vamos á combatir! La lucha es franca!
Hay espinas, verdad, pero no hay cieno!
Ya un grito de victoria el labio arranca!
Y hay gozo de lo grande en nuestro seno!

Salud! Artistas! Hurra por la fiesta!
Apolo está de gala, soñadores!
De nuevos tiempos, nuevos gladiadores,
Mantendremos la lanza siempre enhiesta!

ALEJANDRO VÁSQUEZ B.

Septiembre 2 de 1904.

"REIR LLORANDO"

El Teatro temblaba de gente, y no era para menos, que se estrenaba la comedia *Vivo ó muerto*, á beneficio de Simón Sierra, uno de los cómicos que más aplausos se han llevado y menos oro, de cuantos hayan pisado nuestra villa.

Era el actor predilecto del público, porque á sus dotes de artista agregaba el ser tan complaciente en las tablas como afable y caballeroso en la calle.

Pocos ignorarán que tenía un niño de 13 años, de quien la tisis se había apoderado en mala hora, estrechándolo día por día entre sus garras crueles, minándole el cuerpo á la par que inundándole el alma de sentimientos nobles. No deseaba la muerte porque la veía cerca, muy cerca—pero tampoco le preocupaba la idea de morir, porque estaba seguro de descansar en muriendo.

Algunas veces se le veía en la escena y reía para que riésemos; reía él, el pobre niño enfermo á quien la vida parecía despreciar, para que riéramos nosotros los que nos hacemos los remilgados de vivir, y á la muerte retamos, seguros de que la muerte no oye, ni escoge, ni hiere á quien más la llama, porque sabe que es ese quien más la teme.

Aquella noche fué una de ellas. De mí digo que cuando le vi supe adivinar que se moría.

Estaba pálido y tembloroso, con aquellas ojeras tan grandes que no dejaban ver el fondo de sus ojos negros.

Sus pupilas empañadas se fijaron en mí largo rato, y en sus labios de cera se desperezó una sonrisa tenue, casi imperceptible, en la cual leyó mi cariño una muestra de afecto de parte del amiguito enfermo, y pude entonces comprender que el niño había conocido cómo me interesaba su suerte y cómo era dueño de mis mejores sentimientos de amistad.

Entre tanto su padre se esforzaba, y no en vano, por complacer al público, á ese público que reía con él, pero que no quiso acompañarle á llorar cuando la suerte quiso que llorara.

Una tempestad de aplausos se desató en favor del artista, en tanto que el niñito tísico era victima de un fuerte acceso de tos que le hizo abandonar la escena en el momento mismo en que más preciso era para completar el triunfo de su padre.

El Director de escena quiso por fuerza hacerlo salir, pero fué inútil. Asimismo inútiles fueron los ademanes que su padre le hacía desde el escenario.

—¡Es que me muero! gritó con voz ahogada. La tos....la tos.....!

Puesta en juego la inteligencia de los demás actores, se salvó en parte la falta obligada del niño, y la función siguió, y el público continuó aplaudiendo con entusiasmo al desdichado Simón, que cual otro Garrik, nos hacía reír en tanto que en su imaginación acalorada veía entre tules negros el cuerpo de su muchachito.

Porque el último grito de un hijo, me decía él mismo al siguiente día, no lo entienden sino sus padres.

Terminada la función, cada cual á su casa, y el pobre Simón también á la suya, llevando entre sus brazos el cuerpecito casi inanimado de su hijo moribundo.

Cuando por la mañana del día siguiente fuí á llevarle un insignificante obsequio como recuerdo de la noche anterior, me dijo, llevándome de la mano hasta una sala donde entre cuatro cirios yacía el cadáver del niño tísico: "vea cómo también la muerte me trajo su regalo de beneficio"....y lloró el cómico que tántas veces nos había hecho reír.

D. L. MONTE.

¡OH LUNA!

Melancólica reina pudibunda
Que vagas por los ámbitos del cielo,
Como un místico témpano de hielo
Entre la negra obscuridad profunda.

En esta noche en que tu faz circunda
Un halo transparente como el velo
De las vírgenes novias, un anhelo
Azul y enorme como el mar me inunda.

¿Sábes lo que mi espíritu ambiciona
En esta noche de Noviembre fría,
En que el cierzo las tumbas desmorona?

Qus bajes de la bóveda vacía
Y pongas esa sideral corona
Sobre el sepulcro de la madre mía!

JULIO FLÓREZ.

LIMOSNERA

Sofía salía por la mañana, después de bañarse, á ver los campos; se detenía un ratico en el jardín viendo si florecían las violetas, si se abría el botón de rosa, si daba simiente el mirto ó reventaban las granadas, esas frutas amables que la sonreían mostrando dientes de rubí entre labios de marfil pulimentado. Daba vuelta al parque, y saliendo por detrás de la alquería demoraba en los trapiches charlando un poco con los jornaleros, que la miraban como á señora absoluta y diosa tutelar

de la comarca. En seguida tomaba la vereda de piso seco y aire aromatizado por cuya derecera, bajo frondas de verdura, se encaminaba á la cabaña de los pobres. Entrábase por cada choza como Pedro por su casa, callandito, para sorprender á la que se oculta, miseria desnuda; á la que no se queja, hambre macilenta. Y cuando no veía adivinaba las necesidades del hogar que ahí luégo satisfacía con mano pródiga y suave, que ponía alivio en las llagas ajenas sin lastimarlas ni escarnecerlas jamás. Saliendo de allí echaba á andar de espacio por el sendero asoleado que empinándose conducía al cerrico de Buenavista, donde se encontraba con Aco, la muchacha boba y muda que quería á Sofía con amor de perro. En la cumbre del cerrico se sentaba un rato á mirar el paisaje: todo un valle lindísimo y cultivado, bajo la benigna égida de un cielo apacible, cristalino, con mucho aire que ensanchaba el espíritu y daba encanto á la vista. Ahí cerca los plantíos de caña, más cerca árboles y flores y allá lejos la verdura desvanecida y los boscajes risueños del manso río. Aco tomaba asiento á los pies de Sofía—exaltada por el terreno—y se quedaba mirando á ésta, como lela, con sus ojazos humildes y agradecidos. Aunque hacía grandes esfuerzos como queriendo hablar, la pobre muda sólo acertaba con la monótona exclamación de aco, aco, aco! cual grito desapacible de un pájaro montés; en su rostro de idiota no había ninguna parte de belleza si no era la dulzura melancólica de los ojos, la cual más que de belleza tenía de abatimiento y dolor. Sofía, á su vez, la miraba con amorosa compasión, con aquel sublime afecto al prójimo á que los latinos dieron el nombre de *charitas*, que vale tanto como caridad, amor, amistad y dulzura, todo junto. En ocasiones la limosnera Sofía, enterneciéndose, se acercaba á la idiota y la acariciaba en la cabeza, que Aco humillaba con transporte como los perros mimados. Sofía estaba dando la limosna mayor, la que no tiene análoga, limosna espiritual, rara y sin igual limosna; en tanto los ojos de la idiota se humedecían, formándose sobre sus pestañas como aderezos preciosos de diamantes que irizaban al sol.

Este iba ascendiendo en el cielo. Aco seguía rebajada mirando á la joven caritativa con ojos suplicantes, mientras que los de Sofía con vaguedad melancólica se fijaban en la lejanía. De pronto, como presa de un arranque impulsivo, se levantó la mendiga diciendo aco, aco, aco y tirándose á los bajos de Sofía le besó los pies con arrebato. Esta, tomando un ramilletito de flores que al salir del jardín se prendió en el pecho, se lo abandonó á la idiota, quien recogiéndolo besólo y lo guardó entre los andrajos que malamente le cubrían el seno. Sofía se puso de pies y para arreglarse el cabello todavía húmedo, que le estaba invadiendo el rostro, echó la cabeza atrás dejando destacado oblicuamente el perfil de cara y garganta sobre el fondo azul de un cielo luminoso: era un perfil correcto, era una garganta deleitosa; á los cuales el esmalte del cielo les formaba como aureola de luz divina.

Sofía tomó la vuelta de la alquería seguida á distancia de la muda, que iba arrojando al aire su insufrible cantinela: aco, aco, aco!

ANTONIO JOSÉ MONTOYA.

1900.

HIMNARIO

A LETICIA VELASQUEZ.

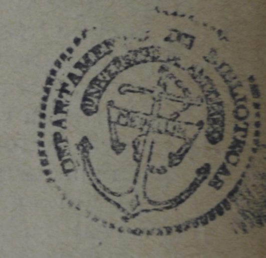
Reinecita, Reinecita
Del ensueño, tu manita
Traza signos de esperanza,
Y en tus ojos hay promesas;
Reinecita, tú que rezas ,
Tú eres mansa, tú eres mansa!

Chiquitina, chiquitina,
En tu unción yá se adivina
Una dulce nazarena.
Chiquitina, tú que adoras,
Tú que ríes, tú que imploras,
Tú eres buena, tú eres buena!

JULIO MERCADO.

Barranquilla, 1904.

EN UN ALBUM (*)



Débora, Salomé, Belkiss divina,
con su cítara y crótalos, su danza
y gibosos camellos
de mirar do parece que culmina
el enigma sutil de la Esperanza,
envidiaran acaso tus cabellos;

Tu labio—purpurina
flor de miel, abrileña
guirnalda—es un Himeto en donde sueña
la abeja del placer idilios vanos;

En tu cuello los líbicos marfiles,
en tu rostro, y tus manos,
y tu boca, y tus risas, hacen coro
al albor de los años juveniles;

Y en enjambre sonoro,
bajo etéreos cristales

(*) Estamos debidamente autorizados para la publicación de esta poesía, que corre há meses manuscrita. El autor declara de antemano apócrifas cuantas en el mismo caso vieren la luz sin el permiso correspondiente.

N. D.

suelta dardos de oro
tu pupila sedeña....
¿Quién al ver tal hechura no diseña
el cariz de las Peris inmortales?

AB. FARINA.

EL CAPITAN MEDRANO

EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Celebrábase en un pueblecillo de Castilla el día de la festividad de su santo patrono. Yo era entonces un niño, y asistía al banquete que se celebraba en casa del párroco, por esa ley de continuidad que el refrán ha establecido entre la soga y el caldero. Habían sido invitados casi todos los individuos de mi familia.

A los postres, dijo el *Gratias agamus* el anciano que presidía la mesa, y entre las libaciones de un aguardiente bastante quemado y de un vinillo blanco un tanto añejo, comenzaron las confidencias, las expansiones y los relatos.

Entre los últimos, se me quedó tan impreso, que podría repetirlo sin alterar casi palabra, el que, á ruego de todos, nos dijo el anciano del rezo, que vestía la ropa negra y talar del sacerdote, y en cuyo rostro, aunque fresco y sonrosado, denunciaban canas y arrugas al bien cumplido sexagenario.

—Diez y nueve años tenía—comenzó el narrador—cuando los franceses entraron en España. El Seminario en que mi tío me había puesto se cerró, y todos los compañeros de aula corrimos con entusiasmo á empuñar las armas en defensa del territorio invadido.

Yo era entonces más delicado que una mujer y más cobarde que una cervatilla, y todo lleno de angustias y temores, anduve casi una semana por sendas extraviadas y caminos de travesía, huyendo así de las columnas francesas, como de las partidas de guerrilleros que organizaban los patriotas.

¡Con cuánto regocijo vi por fin el campanario de mi pueblo! Abracé emocionado á mi tío; pero el viejo, contra lo que yo esperaba, mostró una frialdad que me dejó sorprendido.

A la mañana siguiente, después de misa, me llevó á un pradecillo, donde solía pasear hojeando el *Breviario*, y sentados en el tronco de un álamo que allí estaba curándose, me habló de esta manera:

—Mira, Julianillo; Job lo dijo: milicia es la vida del hombre sobre la tierra. Luchar contra los hombres cuerpo á cuerpo, es menos valeroso que pelear contra los apetitos de la carne y las tentaciones del mundo. Yo te había elegido para esta batalla; pero combate por combate, el de nuestra nación con los franceses es menos terrible y pavoroso. Alégrate, hijo, puesto que en suerte te ha tocado el trabajo menor, y desechando pereza y espíritu medroso, dispónte á unirte luégo á esas tropas que defienden nuestros hogares.

El buen señor atribuyó, sin duda, á conformidad con sus deseos mi pavoroso silencio, y á la mañana siguiente, muy de madrugada, sa-

lióme á despedir hasta las eras, después de acomodarme en el cuartago viejo y matalón que él tenía. Iban sobre las ancas amojamadas, bien provistas alforjas, á más de un zurroncillo con dos ó tres camisas; y de un cinturón de cuero, muy holgado, colgóme un sable mohoso, que bien mostraba, en lo antiguo, haber hecho la campaña del Archiduque.

Con tales avíos, una carta para Merino, y su bendición, después dè estrechísimo abrazo, me dejó partir por lo más escondido y enmarañado de la sierra. ¡Qué espanto! El susurrar de la brisa me sonaba á ligeros clarines, y el batir del agua sobre las ruedas de un molino me produjo trasudores de angustia, porque se me figuraba estrepitoso rodar de convoyes de artillería.

Llegó la noche, y, lo que parecía ya imposible, creció mi miedo. Allá en el valle brillaban hogueras; bajé recatándome, pero luégo entendí por las voces, que el campamento era de los nuestros.

El cura Merino, que de él era la partida, leyó la carta de mi tío, y mandó que en seguida me completaran el armamento. Diéronme una cartuchera poco menor que un cofre, y un trabuco de chispa que parecía un mortero, mirándole la boca.

No sé qué fué más breve : recibir los arreos, y comenzar una gresca de todos los demonios. Pálido, tembloroso, sin atreverme á adelantar ni á retroceder, estuve el tiempo que duró la refriega.

—¡Buena adquisición hemos hecho con este gallina!—dijo, cuando acabó el combate, un forzudo mocetón que nos mandaba.

—Pues con los cobardes—añadió otro de mala catadura—se hace lo mismo que con los traidores;—y me apuntó con su fusil.

—Déjale—dijo, desviando el arma, el que hacía de jefe.—Es casi un niño.—Y añadió, notando que temblaba como un azogado : —¡Chicuelo, no temas! Aquí se hace al mérito justicia, y si no falta un puñado de balas para los valientes, tampoco echarán de menos un mandil los cobardones como tú.

Atáronme, con grandes risotadas, un paño blanco al cuello, y desde aquella noche quedé relegado al oficio de ranchero, que, aunque denigrante, llevaba yo con paciencia, por la tranquilidad que me daba no tenérmelas que haber con otro fuego que aquel que, mansa y pausadamente, hacía hervir mis marmitas.

Un día cargó sobre nosotros tanta fuerza de franceses, que para no ser copados nos desparramámos en partidas volantes por la sierra; y al fin de la semana nos hallábamos fatigados, hambrientos y desorientados, que era lo peor.

—Es preciso—dijo nuestro capitán—que alguien vaya á avisar al resto de la partida; si no, estamos perdidos.

En las filas reinó silencio sepulcral. Nadie se ofrecía á desempeñar una comisión en la que era casi segura la muerte.

—¡Eh! ¡Julianillo!- exclamó el jefe de pronto.—Mónta en mi caballo, y prepárate á llevar el parte. Así como así, no nos puedes servir para otra cosa, puesto que ya no nos queda ni una mala patata que cocer.

El miedo puso en mis ojos lágrimas y en mi boca súplicas llenas de piadosas imprecaciones á los santos.

¡A ver, cuatro números que me fusilen por la espalda á este cobarde!—gritó el capitán, retorciéndose con fiereza los bigotes.

Me levanté del suelo vacilante, y me dispuse á montar, y el caudillo me entregó un pliego señalándome la dirección que había de seguir.

Partí, y á una revuelta de la bajada llegaron á mis oídos estas palabras:

—¡Pobre muchacho! De seguro le matan.

—Por eso le envío. Si llega, mejor. Si no, ¡cómo ha de ser! Es el único inútil de la partida.

Un escalofrío, que me corrió de la nuca á los pies, estuvo á pique de hacerme caer de la silla. Y mi caballo trotaba, trotaba sin cesar por aquella cuesta abajo, que parecía interminable.

Llegué al fin al valle, y penetré en carretera espaciosa, y en la inmensa extensión que de ella abarcaba mi vista nada se divisaba, y eso que mis ojos, dilatados por el terror, se volvían sin cesar hacia todos los extremos del horizonte.

De pronto, al doblar un recodo de la calzada, me hallé frente á frente, y á muy pocos pasos de distancia, con una avanzada de cuatro dragones que á mi me parecieron dromedarios.

Los cuatro se arrojaron sobre mí, vociferando infernal jerigonza. Yo me afirmé en los estribos, y tiré instintivamente del sable. Ellos blandieron los suyos sobre mi cabeza.

Entonces, dando una gran voz, todo trémulo y acongojado, dije, cerrando los ojos y disparando con la izquierda una pistola que tomé del arzón: *¡Sustine me, Deus meus!*

Sonó el tiro, y al mismo tiempo un grito horroroso.

Un sudor abundante y frío corría de mi frente, y muy cerca de ella culebreaban los sables de mis enemigos. Yo manejaba el mío sin concierto, pero con desesperación. Sentía mi cuerpo rígido y helado como si fuera de la misma materia que el arma que empuñaba. Mi brazo, incansable, hacía girar con rapidez el acero, que dos veces chocó violentamente, pero que cedía salpicándome el rostro de unas gotas tibias muy pesadas.

Cesó, por fin, el martilleo de un hierro con otro. Respiré jadeante, me limpié el helado sudor con el envés de la mano, y entonces vi....

Sobre el lodo de la carretera yacía el cadáver de un dragón, atravesado el pecho de un balazo; otro francés tenía el cráneo hendido; otro contenía con las manos la sangre, que abundosa escapaba de espantable herida en el cuello; el cuarto huía á todo galope á través de los campos.

—¡Bravo por el entonces joven seminarista!—exclamó un comensal, como comentario al relato.

—¡Lo que puede el miedo!—añadió otro.

—Usted lo ha dicho—repuso el anciano sacerdote.—Sólo el mucho miedo me hizo salir con bien de aquel peligro. Así, cuando mis compañeros se enteraron, aunque celebraron mis proezas, dieron en apellidarme desde entonces *El Capitán Medrano.*

—Sí; pero no sería ese arrojo tan de circunstancias—añadió otro interlocutor—cuando desde aquel día usted se hizo guerrillero formidable, que llegó á mandar una brava partida.

—¡Dios me lo perdone!—prorrumpió humildemente el cura.—¡Que, al cabo, los muchos franceses que después maté eran prójimos!

R. BLANCO ASENJO.

DELIRIO

A JORGE DE LA CRUZ.

"Tengo una novia blanca"....exclamaba aquel loco,
"que aquí llorando á solas mis pesares, invoco;
para mis noches tristes, cuando el cerebro ruge,
si me clava su garra con tiránico empuje
la hidra del delirio que la quietud me arranca....
para mis noches tristes tengo una novia blanca!...."

El loco era un poeta. Feroz gesto de risa
se dibuja en sus labios; su mirada indecisa
vaga en la angosta celda, do la muriente llama
de exhausta candileja sólo apenas alumbra
la imagen de una dama,
adorno solitario suspendido del muro
escueto y duro.

"Tengo un suave rocío....La fragante frescura
calma mis tempestades, cura mi desengaño;
cuando la adversa suerte se complace en mi daño,
viene un suave rocío de su mirada pura!
¡Con luz de aquellos ojos se endulza mi martirio!
¡Con luz de aquellos ojos se calma mi delirio!

"Para escribir mis cantos, para pulir mis frases,
alumbra mi cerebro la luz de su pupila,
de su pupila negra:
como la blanca luna con destellos fugaces
al esparcir, de súbito, luz plácida y tranquila
todo, todo lo alegra!"

"Tengo un fresco rocío"!....
(La luna apenas brilla,
oculta en un celaje, sin derramar un rayo
de luz, de luz benéfica, sumiendo la buhardilla
en súbito desmayo.
....
Dormía cada cosa como si hubiera muerto....
Todo estaba callado, melancólico, yerto....)

"¡Novia, fresco rocío, causa de mis dolores!
Unica luz, destélla, envía tus fulgores,
refrésca el pecho mío!



¡Novia, fresco rocío,
ven á mi pecho, dóma mis crueles tempestades,
y duérmete conmigo en estas soledades!"

"Tengo una novia blanca... "
y con furor de orate
atravesó el retrato—yá borroso y maltrecho—
con acerada punta; y el desgraciado vate
se lo clavó en el pecho!

ANTONIO J. CANO.

EL ESCOLLO ETERNO

Aquel día yo tenía dieciséis años y me paseaba por los caminos con el dios amor.

Encontrámos á un pobre diablo, semejante á un vagabundo ó á un malhechor, harapiento, repugnante, horrible, á quien los agentes de policía empujaban, zarandeaban con malas palabras.

Me acerqué hacia aquel desgraciado. Me pareció que había en sus ojos azules algo como un recuerdo de goces lejanos. Le pregunté qué había hecho para verse en tan mísera situación....

—He amado—me dijo.

Algo más lejos, en el mismo camino, vimos un mendigo estropeado. Con una muleta debajo de cada brazo se arrastraba penosamente dejando colgar inmundos harapos ; ya no tenía cabellos, ya no había dientes en su boca: sus ojos estaban apagados como los de un centenario, por más que no fuera, quizás, muy viejo.

Me aproximé al mendigo. Me pareció que había en sus pálidos labios algo como un resto de sonrisa. Le pregunté lo que había hecho para merecer haber caído en tal estado de ruinas y de abyección.

—He amado—me dijo.

A la vuelta de un sendero, avistámos á un hombre con una cuerda al cuello que estaba colgado en las ramas.

En medio de aquella bella mañana, presentaba un espectáculo horrible con su faz violada; una lengua hinchada le salía de la boca, y aunque no estaba muerto del todo, estaba más espantoso que un cadáver.

Me arrimé al ahorcado. Me figuré que había en su frente algo como un fulgor de triunfo. Le pregunté qué aventura le había incitado á desear y buscar la muerte.

—He amado—me dijo.

Entonces el joven dios con quien me paseaba por los caminos, se volvió hacia mí y me preguntó:

—Tú que tienes dieciséis años, tú que entrarás mañana en la vida misteriosa, ¿qué harás en tu vida, niño?

—¡Amaré!—le contesté.

CATULLE MENDÈS.

(De *Rigoletto.*)



VINO ROJO

A EMILIO MURILLO.

El Director de orquesta cortó en el aire, de un tajo de su batuta de ébano, el último acorde de la galopa, una galopa llena de sugestiones, una galopa lasciva y alocada, como hecha por el mismo dios Pan para una fiesta de Sátiros y de Ninfas enamoradas. Tenía notas que sonaban como besos de fuego, y compases que eran como frases largas de un canto á Afrodita. Notas agudas que producían en la carne espasmos eróticos, arpegios que estremecían; frases misteriosas que hablaban el supremo lenguaje de los deseos, y cadencias débiles que contaban en el oído de las vírgenes secretos no soñados, de sensaciones inverosímiles. Era una galopa peligrosa y magnífica.

Mi pareja se detuvo jadeante, como en un éxtasis, con los labios secos y agitados y los ojos encendidos. Tenía el rostro lívido, el cabello desordenado y flotante, el corazón le saltaba con movimientos de liebre perseguida, y todo su cuerpo de animal felino temblaba nerviosamente. Apoyó en el mío su brazo, un brazo ardoroso, cubierto de vello tenue, un brazo de carne sonrosada y dura....

La arrastré hasta un gabinete rosa, lleno de parejas entregadas al amor, que no nos determinaron. Ella se dejó caer desfallecida en un confidente.

Hablámos de la galopa. Convino en que era una música muy rara, muy misteriosa, como para los que se aman, como para estar solos....

Una música que decía muchas cosas y hacía pensar en muchas otras....

Un lacayo negro trajo un vino rojo, un vino de llamas. Tomé una sola copa, y lo despedí con la mirada.

Mi pareja sonreía.

Arranqué de su cintura una camelia de nieve, mojé sus hojas en el vino, y la puse ante los labios de la hermosa.

—Bésa!

—No....no....para qué?

Quise levantarme. La morena me envolvió en una mirada fulgurante, bajó luégo los párpados, y juntó con deleite la flor viva de su boca de fuego á los pétalos blancos, donde brillaban las gotas del licor rojo como rubíes sobre nieve casta.

Quedaron en las hojas unas gotas, que sequé de un beso ardiente.

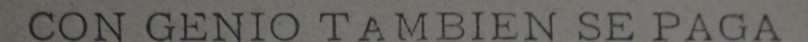
....

A poco la copa estaba vacía y la flor deshojada!

Oh! camelias blancas, qué dulce es apurar en vuestros cálices, entre los que se aman, el vino de púrpura, y secar con besos quemadores vuestros pétalos de alabastro!

CLÍMACO SOTO BORDA.

(De *Germinal.*)



CON GENIO TAMBIEN SE PAGA

Era la Tierra prometida á los hombres de buena voluntad.

El Trabajo presidía, como deidad bienhechora, la brega con la naturaleza y las fiestas familiares.

La Virtud, como luz que á todas partes entraba, vivía en todos los hogares y dominaba las almas.

La buena Fe, era la argamasa que unía las voluntades para los contratos. El papel timbrado no existía más que para pedir en él mercedes al Gobierno.

El Odio y *la Venganza*, apenas se leían en las novelas del viejo Dumas.

El pueblo era rico, porque el trabajo sostenía sus buenas y sencillas costumbres.

El hacha descuajaba el monte; el arado removía la tierra agradecida; el labrador regaba la semilla, y después Favonio y Brisa se besaban, jugando, entre el maizal oscuro.

La Escuela dejaba escapar por sus ventanas abiertas al aire y á la luz, el canto de mil niños que saludaban el día, y el grito alborozado de despedida del bendito plantel de educación.

La sangre de Colombia, su moneda, que circulaba sin tropiezo desde su corazón, no atrofiado aún, y su cerebro, no obscurecido entonces, hasta sus extremidades, no mutiladas tampoco, era de oro y plata, y su timbre y su aspecto eran el sueño de los extraños y el orgullo de los nacionales.

Mas hé aquí, que un hombre, un hombre solo y hosco, un hombre fatídico provoca la ira del cielo.

Y una terrible tempestad de males brota ese cielo sobre aquella tierra prometida á los buenos.

Cambia el trabajo sus instrumentos en espadas que brillan entre las tinieblas regeneradoras, buscando el corazón de la madre, á donde van derechas.

Se evapora, como un perfume ante una racha, la virtud.

Desaparece la *confianza*, y surge la *perfidia*. La ley no es egida, ni salvaguardia, ni escudo de las personas ni de sus intereses.

Ruedan como olas de fango, sobre la tierra, el odio y la venganza.

Y por aquel erial escueto, de esterilidad fecunda en males, cruza una ave desconocida.

Y esa ave negra, de aceradas garras y ojos rutilantes, aviesos, siempre abiertos, es el *agio*.

El agio, que se apodera de todas las almas y las crucifica sobre la roca de la ambición y come, desgarrando, sus entrañas.

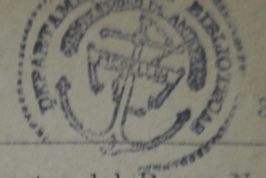
Se oxida el hacha, clavada sobre el tronco de la encina.

La herrumbre destruye el arado.

La mies viene á ser un anhelo de la tierra.

La Escuela arroja de su seno á la juventud, que ocupa las casas de juego y las cantinas.

El oro, la moneda rubia y blanca, como la virgen rozagante de lí-



neas y formas apenas soñadas, entra por las puertas del Banco Nacional, cueva de Rolando inventada por el hombre fatídico, y es arrojada después á la calle, como para Tarugo solamente: convertida en el ludibrio de cuantos la ven y la palpan.

El capital huye y queda la Bancarrota.

Esa moneda engendra el *agio*.

El *agio* da vida á la *ambición;*

La ambición produce el *seis por ciento mensual*;

Y el *seis por ciento*, pólem fecundo de la usura, se entra por el plantío y produce la ruina, el desconcierto, la crisis.

Y rueda con el capital la *honra*.

La honra de los grandes y el sudor de años de los pequeños y humildes.

Y nadie paga lo que debe.

Ni es dueño de lo que tiene.

Mas hé aquí que un hombre, pobre de recursos materiales;

Un hombre de alma noble y de noble corazón;

Que no tiene más que su genio y su paleta, y su entusiasmo por el arte, y su amor ilimitado por lo grande y por lo bello, se prepara á pagar, con largueza inusitada, cuanto debe y acaso más de lo que debe;

Derramando sobre las almas abatidas el ejemplo de la perseverancia en el trabajo;

Ofreciendo á la mirada el espectáculo de la belleza, trasplantada de la naturaleza ó de la fantasía, al lienzo;

Participando así al rico como al pobre de los proventos de su inteligencia;

E inaugurando en Antioquia la éra de la reivindicación del crédito, pagando él mismo lo que debe á Medellín, y al pueblo de Medellín, cuando éste y aquélla, con las miradas tendidas sobre los mares, seguían paso á paso los progresos de su pincel y contemplaban, con los ojos del alma, los bocetos que caían, uno á uno, sobre el lienzo.

Cano, el pintor, el artista Cano, se prepara á exhibir ante esta sociedad la mayor parte de sus trabajos, para que se aprecie si aprovechó ó nó, el esfuerzo cariñoso que ella hizo por él en otro tiempo.

Y Cano, el artista, el pintor Cano, se propone llevar un alivio á la pobreza, desamparada y pobre, que agoniza, más que de enfermedades, de miseria en el Hospital, con lo que produzca la exhibición de sus cuadros, por varios días, en el Tándem-Club.

Así se paga al plazo y se satisface la más noble ambición de los caractéres nobles: servir á su patria en las situaciones más difíciles.

B. TEJADA CÓRDOBA.

Octubre 6.



DE TODO

CON EL BUEN ÉXITO que era de esperarse, ha dado principio la Empresa Soler á las veladas artísticas que había anunciado días há.

La sorprendente agilidad de la señora Elis, unida á la maestría probada del señor Soler y á la bien conocida habilidad del Maestro Arriola como Director de orquesta, hacen inútil la tarea de recomendar las funciones dichas, en lo que á arte se refiera.

En cuanto á la moralidad de los actos, basta conocer el recato y discreción de los esposos Soler, á quienes la sociedad de Medellín ha reconocido yá como modelos de cultura y buenas costumbres. Y cuenta que no es ésta poca garantía para que el *sexo débil* pueda sin temor alguno frecuentar estas veladas, imponiendo así respeto en el Teatro y dando lucidez á los espectáculos, porque en verdad, que es tan desabrida una función sin mujeres como sin orquesta.

AGRADECEMOS debidamente á la prensa de la ciudad las benévolas frases que gastó para anunciar la aparición de nuestra Revista. A *Vida Nueva* y á *Las Crónicas*, remitimos el canje que galantemente aceptó la primera y propuso la segunda.

ASIMISMO agradecemos al colega manizaleño *El Artesano*, los términos galantes en que se sirvió anunciarla. Con gusto le correspondemos el canje.

JUAN AMORES es el título de un folleto nítidamente editado en Bogotá, del cual es autor el yá célebre rimador antioqueño Camilo Arturo Escobar. Nos permitimos felicitar al amigo por este nuevo peldaño que ha ganado en la escala del Parnaso.

Dicho folleto está de venta en nuestra Agencia de Libros y Periódicos, sita en la Calle de Junín, local contiguo á la Telegrafía, hacia el sur.

TEATRO.—El miércoles pasado tocó á Medellín exhibirse como pueblo culto y generoso, si pagar un tributo es generosidad.

De todos conocida es la espontaneidad con que doña Altagracia Ochoa se ofrecía siempre que de aliviar ajenos males se trataba; por eso, sin duda, pocos olvidaron que para ella realizar el santo anhelo de volver á su patria y á su casa, era preciso la asistencia de todos al Teatro en la noche del miércoles, á donde nos llamaba más que el eco dulcísimo de su voz armoniosa, el siempre dulce reclamo de la gratitud y del reconocimiento.

Ya que causas bien ajenas á su voluntad la obligan á dejar esta tierra, donde bien se la estima, lleve la digna artista siquiera un recuerdo grato de nuestra sociedad, y viva segura de que Medellín no olvidará nunca los ratos de delectación que ella le proporcionó, y las lágrimas que supo enjugar, haciendo de su voz y de su arte, fuerzas capaces de oponer vallas al hambre y á la muerte.